

Isaac Asimov

# La formación de Inglaterra

Historia universal Asimov



**Alianza** editorial

El libro de bolsillo

Título original: *The Shaping of England*  
Traducción de Néstor A. Míguez

Primera edición: 1982

Tercera edición, con traducción revisada: 2014

Quinta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Cabeza de guerrero tallada en un calabozo (Castillo de Carlisle, Cumbria, Reino Unido)

© Neil Holmes / Index - Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Asimov Holdings LLC. World rights reserved and controlled by Asimov Holdings LLC.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1982, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-8837-4 (T. 9)

ISBN: 978-84-206-5082-1 (O.C.)

Depósito legal: M- 10.246-2014

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	1. Antes de los romanos
32	2. La Britania romana
52	3. La llegada de los sajones
79	4. La llegada de los vikingos
107	5. El triunfo sajón
136	6. El fracaso sajón
165	7. El reinado final
190	8. La conquista normanda
217	9. Los hijos de Guillermo
246	10. La guerra civil
262	11. El Imperio Angevino
296	12. Los hijos de Enrique
321	Epílogo
327	Cronología
337	Cuadros genealógicos
343	Índice onomástico



*A mis padres,  
en el año de sus bodas de oro*



# 1. Antes de los romanos

## Las Islas Británicas

En el año 1900, el reino insular de Gran Bretaña era la mayor potencia de la tierra. Regiones de todos los continentes, que constituían un cuarto de la superficie terrestre y de su población, estaban bajo el dominio de la reina Victoria del Reino Unido. Su armada podía derrotar a cualquier enemigo o suma de enemigos. Su idioma estaba difundido por todo el mundo y tenía mayor número de hablantes que cualquier otra lengua existente.

En las décadas que siguieron a 1900, cuando el poder de Gran Bretaña declinó y dejó de ser la principal nación del planeta, su lugar fue ocupado por los Estados Unidos de América, tierra colonizada originalmente por Gran Bretaña, que hablaba la lengua de Gran Bretaña y vivía bajo un sistema de leyes y gobierno heredado de Gran Bretaña.

¿Cómo llegó Gran Bretaña al pináculo del éxito y el poder? Después de todo, durante miles de años, mientras otras partes del mundo eran ricas y civilizadas, las Islas Británicas estaban escasamente pobladas, eran pobres y bárbaras y nada –nada en absoluto– parecía brindar promesa alguna de una grandeza futura.

La historia de cómo se alcanzó el éxito británico es larga y no puede ser contada toda en este libro. Pero podemos relatar los comienzos y ver cómo las islas y su población fueron moldeadas bajo los golpes de olas sucesivas de invasores hasta llegar a su estado actual, hace casi mil años, para nunca más volver a ser conquistada posteriormente.

El principal escenario de este relato lo constituyen las Islas Británicas, un grupo de islas que se extiende al noroeste de la costa de Europa, con una superficie total de 320.000 kilómetros cuadrados.

Las tres cuartas partes del total forman la isla de Gran Bretaña, con una superficie de 230.000 kilómetros cuadrados. En tiempos antiguos, los romanos la llamaron *Britannia*, que en inglés se convirtió en *Britain* («Bretaña» en castellano).

¿Por qué es ahora «Gran» Bretaña? La razón es que hace unos quince siglos algunos de los insulares huyeron a través de la franja de agua que la separa de Europa, buscando refugio ante invasores bárbaros. Se establecieron en la región noroccidental de la nación que ahora llamamos Francia, y el lugar en que se refugiaron se convirtió en una especie de Bretaña menor.

Este hecho se ha reflejado en el nombre actual de esa región. Es *Bretagne* en francés y *Brittany* en inglés. En la-

tín es *Britannia Minor*, que significa «pequeña Bretaña». Después de esto, la isla de la que provenían los refugiados tuvo que ser llamada «Gran Bretaña», para distinguirla de la «pequeña Bretaña» del continente.

Hay algunos aspectos en que la isla es, en verdad, «grande», aun en tamaño. Es la mayor de las islas situadas frente a las costas europeas y la octava en dimensiones del mundo. A través de gran parte de su historia, estuvo ante una Europa en la que las grandes naciones no lograban mantenerse unidas y que, por lo tanto, quedó dividida en pequeñas naciones. En tales condiciones, la isla de Gran Bretaña era una nación de respetable tamaño. En verdad, la nación que se destacó a comienzos de los tiempos modernos no ocupaba la isla en su totalidad, sino sólo las tres quintas partes del sur de ella.

Al oeste de Gran Bretaña hay una segunda isla importante, con sólo la tercera parte en tamaño de aquélla. Los romanos la llamaron *Hibernia*, y nosotros, «Irlanda». Esta isla estuvo siempre condenada a permanecer a la sombra de la isla mayor.

Hace unos 12.000 años, la región acababa de emerger del más reciente período glacial. Toda la Europa septentrional, incluidas las tierras que fueron luego las Islas Británicas, estaba por entonces cubierta por una espesa capa de hielo. Lentamente, los glaciares se retiraron a medida que el clima se hizo más cálido, y hacia el 10.000 a. C. aparecieron las tierras, frías y húmedas, y nada atractivas para establecerse en ellas.

La isla todavía se hallaba unida al continente europeo en aquellos remotos tiempos, y, atractiva o no, los hombres

entraron en ella. Los cazadores de la Edad de Piedra siguieron, vestidos con pieles, a los rebaños de animales hacia el norte a medida que se retiraban los hielos.

La región británica siguió formando parte del continente durante varios miles de años. En el Cercano Oriente, muy lejos, se estaban formando pequeñas comunidades agrícolas en Canaán y en las tierras altas situadas al norte del río Tigris, en Asia occidental, y aparecieron en la tierra los primeros centros diversos de civilización\*; pero en las nuevas tierras del noroeste no había más que grupos dispersos de cazadores errantes.

Lentamente, el clima mejoró a medida que los bosques de pinos se extendían hacia el norte y los veranos se hacían más suaves. Y los glaciares que aún había en el norte siguieron fundiéndose. El nivel del mar aumentó, la superficie terrestre disminuyó y, hacia el 6000 a. C., las aguas en ascenso separaron a Gran Bretaña de Europa y a Irlanda de Gran Bretaña.

Entonces, las aguas del Canal de la Mancha quedaron al sur de Gran Bretaña, las del mar de Irlanda al oeste y las del mar del Norte al este.

Permanecieron en las islas los primitivos habitantes de la Edad de Piedra, cuyos restos aún se encuentran en la forma de herramientas de piedra pulida y piezas de alfarería. Parecen haber tenido animales domésticos y explotado minas de sílex.

Su situación mejoró en el sentido de que las islas sólo podían ser invadidas por mar, tarea más difícil que una mera migración terrestre. Esto iba a salvar a los habitan-

\* Véase mi libro *El Cercano Oriente*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

tes en muchas ocasiones, hasta la actualidad, y a darles un sentimiento de seguridad del que los pueblos del continente raramente pudieron gozar.

Pero no siempre se podía confiar en eso. Las islas iban a experimentar muchas invasiones por mar, algunas de ellas exitosas.

## El pueblo del vaso campaniforme

Sólo oscuramente podemos entrever la más antigua de esas invasiones. No mucho después del 2000 a. C., el «pueblo del vaso campaniforme» invadió Gran Bretaña. Es así llamado por sus características copas y vasos. También llevó a la isla el arte de tejer y el de la metalurgia, novedad importante, pues la cultura del vaso campaniforme usaba armas de bronce, mientras que los anteriores habitantes no tenían nada mejor que la piedra. Con armas superiores, los invasores lograron imponer su dominio.

El pueblo del vaso campaniforme debe de haber sido mucho más que un mero grupo de bárbaros que sustituye a otro grupo más primitivo. Ha dejado tras de sí reliquias infinitamente más impresionantes que los vasos, como círculos de grandes piedras planas toscamente talladas y colocadas de pie.

El más famoso de esos círculos es Stonehenge y está situado cerca de la ciudad de Amesbury, a unos 110 kilómetros al oeste de Londres. Está formado por dos círculos concéntricos de enormes piedras, de los que el círculo externo tiene 35 metros de diámetro. Las piedras

tienen más de 5 metros de altura y entre 2-2,5 de ancho; 30 de ellas, que están en pie, constituyen el círculo externo, con otras 30 que están colocadas encima de ellas. Sólo treinta y dos de las 60 piedras originales del anillo exterior están todavía allí, y la mitad de ellas están aún erectas. Las piedras que faltan probablemente fueron rotas y usadas para la construcción por los habitantes del lugar de siglos posteriores. El círculo interior estaba formado por piedras menores, de las cuales sólo 11 quedan aún en pie. Pero hasta lo que queda constituye un espectáculo impresionante.

El análisis, por medios de datación modernos, de un trozo de carbón hallado en el lugar nos lleva a suponer que Stonehenge fue erigido alrededor del año 1750 a. C. Sin embargo, extrañamente, el primer registro de una mención de Stonehenge por gente de la isla se remonta a sólo once siglos atrás.

A la sazón, los insulares no tenían la menor idea de la gran antigüedad del monumento (que contaba ya con más de 2.000 años). Tampoco sabían por qué había sido hecho ni cómo. Pensaban que debía de haber sido levantado por medios mágicos, aprovechando la hechicería del legendario Merlín.

Nosotros no estamos en mejor situación que los isleños de hace once siglos. Nadie sabe todavía a ciencia cierta cómo el pueblo del vaso campaniforme logró trabajar esas enormes piedras, considerando las herramientas de que disponían. Tampoco estamos seguros de la finalidad de los círculos. Ha estado de moda suponer que Stonehenge y otros círculos de piedra dispersos por las Islas Británicas eran utilizados en ceremonias de

religiones primitivas, pero no tenemos ninguna prueba de ello. En general, esta idea surge porque no podemos imaginar ninguna otra cosa para la que puedan haber sido usados.

En 1963, el astrónomo angloamericano Gerald Hawkins, de la Universidad de Boston, expuso la audaz idea de que los círculos de piedra como Stonehenge eran, en realidad, primitivos observatorios astronómicos. Haciendo uso de lo que quedaba de la construcción (que no sólo incluía las grandes piedras, sino también diversos pozos llenos de ellas), Hawkins demostró que era posible ubicar el Sol en ascenso del solsticio de verano y predecir eclipses lunares.

Es difícil creer que un pueblo primitivo pudiese tener un saber astronómico tan complejo, pero es aún más difícil creer que todo lo que Hawkins puede demostrar surja de una mera coincidencia. Al parecer, el círculo tuvo que ser planeado con una intención astronómica. Sin duda, el motivo para seguir los movimientos del Sol y la Luna tan exactamente estaría, con gran probabilidad, vinculado con ritos religiosos, y, si fue así, Stonehenge está indirectamente relacionado con la religión, a fin de cuentas.

El pueblo del vaso campaniforme tampoco estaba completamente aislado de Europa, pese al agua salada que ahora rodeaba a la isla. Sus gentes comerciaron con las ricas civilizaciones del Mediterráneo oriental. Podemos preguntarnos qué podía ofrecer un pueblo relativamente poco avanzado como el del vaso campaniforme a los ya fastuosos centros de población del este. La respuesta es: metal.

Durante mil años, al menos, el bronce fue el elemento principal para la guerra; es mucho más resistente y fuerte que el cuero, y mucho menos quebradizo que la piedra. Era mejor que cualquier otro metal que pudiera hallarse en cantidad. Un ejército equipado con armas de bronce podía por lo general derrotar a otro que careciese de ellas sin muchas dificultades. El mismo pueblo del vaso campaniforme lo había demostrado cuando entró en Gran Bretaña desde el continente europeo. Para todo grupo guerrero, pues, un problema fundamental era asegurarse un adecuado suministro de bronce.

El bronce es una mezcla de dos metales: cobre y estaño. Ninguno de ellos es muy común, pero las naciones civilizadas que bordeaban el Mediterráneo oriental tenían buenas fuentes de cobre. La isla de Chipre, en el noroeste del mar Mediterráneo, era una de ellas, y se supone que el mismo nombre «cobre» deriva del nombre de esa isla.

Con el estaño, la situación era diferente. No sólo es en general raro, sino que, además, en muy pocas partes del globo se encuentra en concentraciones suficientes para una extracción provechosa. Las pequeñas cantidades que había en el Mediterráneo oriental pronto desaparecieron y fue necesario buscar nuevas minas muy lejos. (En tiempos modernos, las minas más importantes están en el Sureste Asiático y en el centro de América del Sur, territorios que eran inalcanzables para las primeras civilizaciones mediterráneas.)

A la cabeza de la búsqueda de nuevas minas estaban los fenicios, un pueblo que habitaba en las costas orientales del Mediterráneo (los «cananeos» de la Biblia). Eran los más osados navegantes del mundo cuando el Imperio Egipcio estaba en su apogeo y cuando

los griegos, aún bárbaros, combatían bajo las murallas de Troya.

Los fenicios recorrieron el Mediterráneo de un extremo al otro. E hicieron más aún: atravesaron lo que hoy llamamos el estrecho de Gibraltar y se aventuraron por el mismo océano Atlántico; fue el primer pueblo civilizado que lo hizo.

En algún lugar del Atlántico hallaron minas de estaño en islas que llamaron (según el historiador griego Heródoto) las Casitérides. Puesto que la palabra griega para designar el estaño es *kassiteros*, podemos llamarlas las «Islas del Estaño».

Se admite generalmente que estas «Islas del Estaño» eran las que hoy llamamos Islas Scilly. Son un grupo de unas 140 pequeñas islas (de sólo unos 15 kilómetros cuadrados de superficie en total) que se extienden a 56 kilómetros al oeste del extremo suroccidental de Gran Bretaña. El pueblo del vaso campaniforme vivió allí, sin duda, y todavía se puede ver en ellas restos de círculos de piedras. (Uno de ellos, de unos 6 metros de diámetro, se halla en la isla de Samson.)

Ahora hay poco estaño en las islas, pero queda algo en la parte de Gran Bretaña que está más cerca de ellas. Es la región llamada Cornualles, y aunque estas minas de estaño han sido explotadas unos 3.000 años, aún producen pequeñas cantidades.

Entre el 1500 a. C. y el 1000 a. C., cuando los barcos fenicios navegaban por el océano hasta Gran Bretaña, las Islas Scilly y Cornualles deben de haber sido lugares activos. Después del año 1000 a. C., cuando la importancia del bronce declinó, al descubrirse modos de extraer el

hierro, el comercio del estaño decayó y la importancia de Cornualles se esfumó.

Deben de haber perdurado recuerdos de una época en que el extremo suroccidental de esta península contenía una pujante ciudad, y surgieron leyendas para explicar por qué esa ciudad había dejado de existir. El espacio situado entre las Scilly y la punta de Cornualles (decían las leyendas) fue antaño tierra seca y constituyó el reino de Lyonesse. Figuraba en las leyendas del rey Arturo como la patria de uno de los más famosos caballeros, Tristán, y ha sido desde hace mucho una de esas crepusculares tierras románticas que se pueden encontrar en los libros de cuentos pero no en el mapa. Sugiero, pues, que Lyonesse sólo es el vago recuerdo de las Islas del Estaño.

Podríamos suponer que Gran Bretaña fue llevada al ámbito de la civilización, al menos en parte, como resultado de ese comercio, pero no fue así. Los fenicios querían conservar su monopolio. Sólo ellos sabían dónde estaban las «Islas del Estaño»; por ello, mantuvieron el estricto control de la provisión de bronce, como las naciones actuales quieren mantener el estricto control de los suministros de uranio. El comercio de Gran Bretaña tenía una base muy estrecha, pues, y cuando decayó la importancia del bronce, desaparecieron las pequeñas ganancias que su gente había logrado.

## La llegada de los celtas

Mientras el pueblo del vaso campaniforme levantaba sus círculos de piedra y comerciaba con su estaño, venían malos tiempos para él en el continente.

En Europa central, alrededor del 1200 a. C., vivía un grupo de pueblos a los que los griegos llamaban *keltoi*. Probablemente, era la versión de un nombre con el que se llamaban a sí mismas algunas de las tribus que encontraron los griegos. Ese nombre quizá proviniese de una palabra que significaba «valor» en la lengua nativa, o «los valientes». En castellano se ha convertido en «celtas».

Otro nombre, probablemente de la misma fuente, es *galli*, que nos transmitieron los romanos y que para nosotros se ha convertido en «galos».

Los celtas gradualmente se expandieron al este y el oeste, y hacia el año 1000 a. C. ocupaban la mayor parte de lo que hoy llamamos Francia. En tiempos antiguos, esta tierra era llamada «Galia» por sus habitantes celtas.

No mucho después del 1000 a. C., bandas de celtas cruzaron la franja de agua que separa las Islas Británicas del continente. En su parte más estrecha, esta franja de mar sólo tiene 35 kilómetros de ancho y es llamada en la actualidad Paso de Calais.

Se asentaron de manera permanente en el suroeste de la isla, y lentamente fueron expandiéndose. Tenían una ventaja sobre el pueblo del vaso campaniforme: llevaban consigo un nuevo metal bélico, el hierro. Era mucho más corriente que el cobre y el estaño, y con él se podían fabricar armas más duras, más resistentes y mejores que las de bronce. El hierro tenía sobre el bronce la misma superioridad que había tenido el bronce sobre la piedra.

La única gran desventaja del hierro consistía en que era más difícil de extraer que el cobre y el estaño. Sólo

algún tiempo después de 1500 a. C. se creó la técnica apropiada para la metalurgia del hierro en las regiones al sur del Caspio. Lentamente, este conocimiento se fue difundiendo, y con los celtas llegó a Gran Bretaña, que entró entonces en la Edad del Hierro.

Hacia el 300 a. C., las tribus célticas dominaban casi toda la isla de Gran Bretaña. Más tarde, algunas de estas tribus pasaron también a Irlanda.

Los celtas no sólo llevaron con ellos el hierro sino también importantes mejoras en la vida cotidiana: el uso de la madera para suelos y puertas, por ejemplo, además de otros utensilios, como navajas de afeitar para los hombres y cosméticos para las mujeres.

Las ciudades celtas alcanzaron un respetable tamaño, considerablemente mayor que todo lo que se había visto antes. La más grande quizás estuviera en el lugar ahora ocupado por Glastonbury, en la parte suroccidental de la isla, a 150 kilómetros al oeste de Londres.

Las lenguas celtas son una rama del gran grupo indoeuropeo. Tienen una base gramatical común y una variación fácil de seguir en el vocabulario básico; son habladas en vastas extensiones de Europa y Asia, desde las Islas Británicas hasta la India.

Un dialecto celta que se difundió por Gran Bretaña es el llamado «británico». Este término, indudablemente, derivó del nombre que se daba a sí misma la tribu que lo hablaba y que más tarde dio origen a la palabra «Bretaña». Al referirme a los habitantes celtas de la isla, los llamaré britanos.

Por su parte, los invasores celtas de Irlanda hablaban otro dialecto céltico llamado «goidélico». La versión de esta palabra que sobrevive hoy es «gaélico».

Por la época en que los celtas dominaban las Islas Británicas, alcanzaron el momento de su máximo poder en Europa. No sólo se habían apoderado de Britania y la Galia, sino que también se habían expandido hacia el oeste, hasta España, y al este, hasta las regiones que hoy llamamos Polonia y Rumania.

Incluso atravesaron los Alpes e invadieron Italia. En el 390 a.C., los galos (como los llamaban los romanos) tomaron la misma Roma, que entonces sólo era una pequeña ciudad de Italia central. Aún no se había destacado en el mundo, y durante tres siglos y medio no había hecho más que combatir con ciudades vecinas tan pequeñas como ella. Más tarde, los galos se marcharon y Roma se recuperó\*, pero la Italia septentrional siguió siendo celta durante varios siglos más.

Más de un siglo después, los galos hicieron incursiones más al este y penetraron en los centros mismos de la civilización. En el 279 a. C. entraron en Grecia, matando y saqueando. Algunos grupos cruzaron el mar Egeo y penetraron más tarde en la península de Asia Menor. Finalmente, fueron derrotados y se asentaron en la región central de esta península. Esa región fue llamada «Galacia», o «tierra de los galos»\*\*.

Éste fue el momento de máxima expansión celta. Sus enemigos se estaban agrupando, tanto en las zonas civilizadas como en las bárbaras.

Los romanos, después de recuperarse del saqueo de su ciudad por los galos, pasaron con sorprendente veloci-

\* Véase mi libro *La República Romana*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

\*\* Véase mi libro *Los griegos*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

dad a imponer su dominio sobre zonas cada vez mayores de Italia. En el 270 a. C., cuando los galos se asentaban en Galacia, Roma ya era la dueña de toda la Italia al sur de la región céltica. Los ejércitos romanos estaban demasiado bien organizados para que los galos, más primitivos, pudieran resistirlos. Hacia el 222 a. C., los romanos habían llegado a los Alpes y absorbido las regiones celtas del norte de Italia.

Entre tanto, en el norte de la región que ahora llamamos Alemania y en Escandinavia, había otro grupo de tribus que no hablaba ninguno de los dialectos celtas. Su lengua también era indoeuropea, pero pertenecía a otro subgrupo. Eran los germanos.

Los celtas, en su expansión, no habían podido apoderarse de las tierras germanas, aunque las habían rodeado por todas partes. Pero a medida que pasó el tiempo, la presión demográfica obligó a las tribus germanas a lanzarse hacia el sur. Los celtas al principio resistieron, pero la presión era demasiado fuerte.

Hacia el 100 a. C., los celtas de Europa oriental estaban siendo superados y los germanos ya habían alcanzado el río Rin por el oeste. Al otro lado del río, germanos y celtas se enfrentaron. La situación era particularmente difícil para los celtas por el hecho de que, más al sur, el poder romano había absorbido casi todas las tierras mediterráneas.

Aun en este momento de crisis para los celtas, Britania permaneció a salvo. Como ocurrió a menudo en la historia de la isla, los 35 kilómetros de extensión de mar abierto que forman el Paso de Calais fueron como el enorme foso de un castillo que mantuvo alejados a todos los enemigos ocasionales.

No obstante, sí hubo osados viajeros del civilizado Mediterráneo que a veces visitaban Britania, por lo que esta isla no se perdió enteramente de vista.

Una de estas visitas, que tuvo gran fama, se produjo alrededor del 300 a. C. Fue la de Piteas de Massalia (la moderna Marsella). Massalia fue uno de los puestos avanzados más al oeste de la civilización griega y mantuvo una continua rivalidad con la gran colonia fenicia de Cartago, en la costa africana septentrional. Los cartagineses ya habían navegado por el Atlántico, y finalmente Piteas, el más osado de los viajeros masalios, siguió su curso.

Piteas fue el primer griego que dejó atrás el Mediterráneo y, al parecer, exploró las costas noroccidentales de Europa con cierto detalle. Escribió un relato de sus viajes que, desgraciadamente, se ha perdido. Sólo lo conocemos por referencias de autores posteriores, quienes, en su mayoría, no tomaron en serio a Piteas, al que consideraron el tipo de viajero que en su regreso trata de impresionar a sus ingenuos compatriotas con relatos increíbles e imposibles de verificar.

En realidad, lo que sabemos de sus relatos a menudo parece muy exacto, en la medida de nuestro conocimiento. Aparentemente, visitó Britania y observó que los britanos trillaban el trigo en graneros cerrados, y no al aire libre como en las tierras mediterráneas. Esto puede haber parecido extraño y hasta risible a los griegos lectores del relato de Piteas, pero era muy razonable. A fin de cuentas, el clima húmedo y lluvioso de Britania hacía que la trilla al aire libre fuese muy poco práctica. Piteas también mencionó el hábito britano de elaborar cerveza